

Breve historia de la Filosofía

El siguiente cuadro sintetiza cómo fue evolucionando la Filosofía en cada una de las edades históricas y sus respectivos períodos. Los contenidos del mismo no pretenden abarcar todos los movimientos filosóficos que se han dado, sino fundamentalmente aquellos que, de un modo u otro, serán abordados a lo largo de este curso.

A) Los siguientes autores o escuelas serán mencionados en distintos momentos. A medida que vayamos estudiándolos, los ubicaremos en la sección correspondiente de la columna "filósofos importantes"; en la presente lista se encuentran desordenados.

Sartre	Popper	Sócrates	J. S. Mill
Russell	Hume	San Anselmo	Escuela jónica (Tales de Mileto)
Boecio	Fromm	Berkeley	Hobbes
Epicteto	Epícuro	D'Holbach	Locke
Maimónides	Aristóteles	Pascal	Leibniz
Kant	Marx	Descartes	Kuhn
E. Cassirer	Platón	M. Scheler	Kierkegaard
Freud	Rousseau	Santo Tomás de Aquino	

B) La columna titulada "contexto histórico" ha sido completada con los principales hechos sociales o políticos ocurridos en cada período, de modo de obtener un panorama más abarcador del mismo.

EDAD	LA FILOSOFÍA Y EL ÁMBITO DEL SABER	PERÍODO	CONTEXTO HISTÓRICO	CARACTERÍSTICAS DE LA FILOSOFÍA	FILÓSOFOS IMPORTANTES
ANTIGUA	La Filosofía equivale a la sabiduría.	1) Presocrático (s. VII-V a.C.) 2) Atico (s. V-IV a.C.)	Entre los siglos XI y IX a.C. se constituyeron las principales ciudades-estado griegas que tuvieron, en principio un gobierno monárquico, sustituido más tarde por otro aristocrático. En el siglo VIII a.C. los griegos fundaron colonias a lo largo del Mediterráneo lo que determinó la aparición de un activo comercio y una próspera industria. Este estrato social medio logró en el siglo VI a.C. el reemplazo de la aristocracia por una democracia. (Ver contexto histórico de Sócrates, pp. 36-38).	Predominio del problema cosmológico (problema del universo). Se busca el origen de todas las cosas. Tiene su desarrollo en las colonias griegas de Jonia y del sur de Italia peninsular y Sicilia.	
			En el año 405 a.C. Atenas fue derrotada por Esparta, pero la hegemonía de esta "polis" duró poco.	Predominio del problema antropológico (problema del hombre). El advenimiento del gobierno demo-	

		<p>2) Atico (s. V-IV a.C.)</p>	<p>En el año 405 a.C. Atenas fue derrotada por Esparta, pero la hegemonía de esta "polis" duró poco. Fue vencida en 371 a.C. por Tebas, Atenas y otras ciudades opusieron resistencia a Tebas, pero las tres "polis" —Atenas, Esparta y Tebas— se debilitaron y fueron sometidas por Macedonia. Este reino, ubicado al norte de Tesalia, se había convertido, gracias a su rey Filipo I, en un estado poderoso. Filipo derrotó a la Liga pan-helénica en Queronea (338 a.C.). Su tarea de expansión territorial fue continuada por su hijo Alejandro (Magno) quien creó un imperio.</p>	<p>Predominio del problema antropológico (problema del hombre). El advenimiento del gobierno democrático en Atenas despierta la preocupación por formar ciudadanos participativos. El centro del interés se desplaza de la naturaleza al hombre. La Filosofía va incluyendo un número creciente de problemas y se convierte, sobre todo con Aristóteles, en un saber enciclopédico (abarca Física, Biología, Psicología, Metafísica, Ética, Política, Poética, etcétera).</p>	
	<p>3) Helenístico-romano (s. IV a.C.-V d.C.)</p>	<p>1) Patristica (s. V-VIII)</p>	<p>A su muerte (323 a.C.) se originaron largas luchas por el poder que concluyeron con la desintegración del imperio en varios reinos. Simultáneamente iba consolidándose el Imperio Romano. Con la victoria final de Octavio Augusto sobre Alejandro (31 a.C.) Grecia y sus colonias pasaron a integrar el Imperio Romano.</p>	<p>La Filosofía se transforma en un modo de vida. La ética se torna muy importante (etapa helenística). La Filosofía pierde vigor y se vuelve poco creativa y repetitiva (etapa romana).</p>	<p>San Agustín (Se lo incluye aquí porque preanuncia esta etapa)</p>
<p>M E D I A</p>	<p>La Filosofía se separa de la Teología pero ambas mantienen relaciones mutuas (en general la Filosofía depende de la teología).</p>	<p>2) Escolástica (s. VIII-XV)</p>	<p>Entre los siglos IX y X se instauró el feudalismo luego de la desaparición del Sacro Imperio romano-germánico fundado por Carlomagno. En el siglo XIII al surgir la emancipación comunal, el feudalismo comienza a declinar. Entre los siglos XIII y XV se produce un incremento de la industria y el comercio. La enseñanza científica se difunde en las Universidades.</p>	<p>Creación de sistemas basados en el aristotelismo y surgidos dentro de las "escuelas" (de catedrales y conventos), más tarde universidades. Se busca compatibilizar fe y razón.</p>	

M O D E R N A

La Filosofía se independiza de la teología. Del campo de conocimientos que abarcaba se separan las ciencias particulares.

<p>1) Renacimiento (s. XVI)</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Ascenso de la burguesía y consolidación de los Estados nacionales; hegemonía española durante los reinados de Carlos V y Felipe II; en Inglaterra reinado progresista de Isabel I. • Descubrimiento de nuevas rutas de ultramar y exploración de nuevos continentes. • Formulación de una revolucionaria teoría científica: el heliocentrismo. • Reformas religiosas: luteranismo (Alemania); calvinismo (Francia); anglicanismo (Inglaterra). 	<p>Polémica contra el pensamiento medieval; preparación del pensamiento moderno. Se revaloriza la Antigüedad clásica —ahora en sus fuentes originales— y se propone un nuevo modelo de hombre —considerado un microcosmos— y de Estado. Hay gran interés por la Gno-seología. Galileo propone el método experimental, sentando las bases de la ciencia moderna.</p>	<p>Bacon</p>
<p>2) Barroco (s. XVII)</p>	<p>En el ámbito político:</p> <ul style="list-style-type: none"> • predominio de Francia: afianzamiento del poder real con Luis XIII y su ministro Richelieu hasta llegar al absolutismo de Luis XIV. • decadencia de España <p>En el ámbito cultural:</p> <ul style="list-style-type: none"> • en las artes plásticas aparición del estilo barroco que rompe con el equilibrio clásico y busca el movimiento. • gran siglo de la literatura francesa. 	<p>Se formulan grandes sistemas filosóficos en los que se encarna el espíritu de los nuevos tiempos. Esos sistemas pueden agruparse en dos corrientes divergentes —el racionalismo, que privilegia las verdades de la razón, y el empirismo, que destaca la validez de lo puramente fáctico. Se separan del tronco de la Filosofía la Física (Newton) y la Química (Lavoisier).</p>	<p>Spinoza</p>
<p>3) Iluminismo (s. XVIII)</p>	<ul style="list-style-type: none"> • El tipo de gobierno característico de este siglo fue “el despotismo ilustrado”, combinación peculiar de absolutismo monárquico y pensamiento renovador que se resume en la expresión “Todo para el pueblo pero sin el pueblo”. Sus principales representantes fueron María Teresa y José I (Austria), Carlos III (España), Federico II (Prusia), Catalina II (Rusia). • En Francia Luis XV había conducido la situación económica a un punto crítico; su sucesor Luis XVI fue derrocado durante la Revolución de 1789. • El dominio de las tierras de ultramar generó enfrentamientos entre los países colonialistas. 	<p>Las ideas modernas se afianzan y extienden. La confianza en la razón del siglo anterior se ve acompañada por un creciente espíritu crítico. Se sueña con un hombre universal e ideal que concilie naturaleza y razón, defensor de derechos humanos y difusor de cultura. Se separa de la Filosofía la Biología.</p>	<p>Voltaire</p>

C O N T E N I D O

A R R A N G O

<p>La Filosofía, ahora independiente de la ciencia, la seguirá muy de cerca en su evolución o polemizará con ella.</p>	<p>1) S. XIX</p>	<ul style="list-style-type: none"> • 1ra. mitad del siglo: Después de la caída de Napoleón Bonaparte que había conquistado diversos territorios, se produjo la Restauración, intento de restablecer el régimen absolutista, lo que provocó sucesivas oleadas revolucionarias. • 2da. mitad del siglo: En Francia Luis Napoleón restableció el Imperio. Italia y Alemania se unificaron. La Revolución industrial cobró un impulso acelerado: <ul style="list-style-type: none"> • Se incorporaron nuevas fuentes de energía (electricidad, petróleo). • Se acortaron las distancias. • Hubo aportes científicos fundamentales. 	<p>Valoración de la ciencia y extensión del método científico a otras disciplinas. Confianza en el progreso indefinido —material y moral— de la humanidad.</p> <p>Las corrientes filosóficas-dominantes son el positivismo, muy próximo al ámbito científico y el socialismo, en todas sus formas, dentro de la filosofía política. Se separan de la Filosofía la Psicología (Wundt) y la Sociología (Comte) que se constituyen en ciencias independientes.</p>	<p>Comte</p>
<p>2) S. XX</p>	<p>2) S. XX</p>	<ul style="list-style-type: none"> • La rivalidad entre potencias europeas por sus aspiraciones imperialistas, la paz armada y las alianzas entre estados desencadenaron la 1ra. guerra mundial. Esta provocó a su vez la finalización del predominio europeo y produjo cambios sociales profundos (por ej. situación de la mujer). • Nuevas ideologías llegaron al poder: comunismo en Rusia (1917), fascismo en Italia (1922), nazismo en Alemania (1934). • Las crisis socio-económicas, la exacerbación nacionalista, los sistemas de alianzas y el armamentismo provocaron la 2da. guerra mundial; sus consecuencias fueron una enorme cantidad de víctimas y grandes cambios políticos y territoriales. 	<p>Surgen corrientes filosóficas contrapuestas.</p> <p>1) Negación de la Metafísica. Aparición de la Lógica matemática e interés por la Epistemología.</p> <p>2) Revitalización de la Metafísica. Importancia de la Antropología y la Ética. Dentro de esta corriente cabe citar a los movimientos existencialista (I) y vitalista (II).</p>	<p>(I) (II) Bergson</p>

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN JUAN

FACULTAD DE FILOSOFÍA, HUMANIDADES Y ARTES

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Cuadernillo de curso de ingreso
Profesorado y Licenciatura en Filosofía

Ciclo lectivo 2015

Prof. Julián R. Videla

El presente cuadernillo, siguiendo la ordenanza que rige para estas instancias (06/95-CS), diagrama un cursillo de tres ejes. El primero dedicado al aspecto institucional y profesional de la carrera a la que se aspira. El segundo, coordinado con un Profesor de Letras, pensado para la nivelación de saberes de lectoescritura de los ingresantes. Y, por último, el tercero trabaja sobre los contenidos específicos de la carrera.

EJE I

Sobre la institución universitaria y lo profesional.

En esta primera parte, nuestra propuesta para el ingresante es acercar de manera esquemática un conocimiento de la universidad y, a medida que nos circunscribamos al ámbito de nuestra facultad, la información se brindará de manera más detallada. Con la intención de generar un alumnado participativo en el aspecto institucional, veremos qué es consejo superior, qué es el centro de estudiantes, cómo un alumno puede participar en la institución, qué es una unidad académica o departamento, etc.

Así mismo, se explorarán las diferentes potencialidades de los egresados de las carreras de Licenciatura y Profesorado en Filosofía. Las mismas pueden comenzar a gestarse ya como alumnos en los diferentes espacios de formación que brinda la Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes. Todo esto se acompañará con una importante cantidad de información sobre cuestiones que podrían ser consideradas menores pero que, al formar parte de la vida cotidiana de un universitario, se torna imprescindibles saberlas desde un primer momento. Nos referimos al conocimiento del plan de estudio – comentando brevemente cada materia–, informaremos qué es una regularidad, un parcial, una equivalencia, qué tipos de becas hay, qué es una adscripción o una ayudantía, etc.

La Universidad Nacional de San Juan

La Universidad Nacional de San Juan nace a la vida institucional el 10 de octubre de 1973. Es una comunidad de trabajo dedicada a la enseñanza, investigación, creación y difusión del saber en todos sus órdenes, científico, técnico, filosófico y artístico, y a la formación integral de profesionales al servicio del bien común.

En realidad el 10 de Octubre de 1973 fue la culminación de un largo proceso que comenzó en el siglo XIX. Según los historiadores, fue la frustración personal de no haber podido seguir estudios superiores en la provincia lo que motivó a Domingo Faustino Sarmiento a crear en 1839, cuando fue gobernador de San Juan, el Colegio Preparatorio; una Casa Pública de Instrucción Científica Preparatoria de la Universidad. Este es el antecedente más remoto de la Universidad Nacional de San Juan. Una cátedra de este Colegio Preparatorio, la de Minerología, daría lugar, años después y también en el siglo pasado, a la creación de una escuela de capacitación técnica: la Escuela de Minas, que con el paso del tiempo sufrió numerosos cambios, dando origen a nuevos centros de enseñanza.

La primera mitad del siglo XX dio lugar al surgimiento de las sólidas bases académicas sobre las que se fundaría luego la UNSJ. Así, en 1939 se creó, con sede en Mendoza, la Universidad Nacional de Cuyo, cuya Escuela de Ingeniería Facultad de Ingeniería, Ciencias Exactas Físicas y Naturales desde 1947 funcionaría en San Juan. También en 1947 se crearon en la provincia los cursos del Profesorado en la Escuela Normal Sarmiento, lo que se convirtió así en "Escuela de Profesores" de la que egresaban docentes con los títulos de "Profesor Normal en Ciencias" y "Profesor Normal en Letras". En 1958 estos cursos se separaron de la Escuela Normal y dieron lugar a la creación del Instituto Nacional del Profesorado Secundario.

De esa manera, desde sus orígenes, la Universidad Nacional de San Juan fue una respuesta a las inquietudes científicas y culturales de la sociedad sanjuanina. Esto quedó claramente demostrado en la década del '60, cuando los más diversos sectores de la comunidad provincial se movilizaron y aunaron esfuerzos para que San Juan tuviera una universidad. La llamada "Comisión Pro Universidad" logró su objetivo cuando el 11 de agosto de 1968 se conoció el denominado "Programa Taquini", para la creación de nuevas universidades nacionales. San Juan no figuraba en el proyecto; sin embargo, nuevamente

las gestiones de la comunidad sanjuanina, organizada en una comisión, lograron que se realizara un estudio de factibilidad. El 10 de mayo de 1973 el entonces presidente de facto, Teniente Gral Alejandro Agustín Lanusse, firmó la ley 20.367 por la cual se creaba la Universidad Nacional de San Juan.

Así, la UNSJ se organizó, en principio, sobre la base del Instituto Nacional del Profesorado Secundario, la Facultad de Ingeniería, Ciencia Exactas Físicas y Naturales que dependiera de la Universidad Nacional de Cuyo, y la Universidad Provincial Domingo Faustino Sarmiento. La incorporación de todas estas estructuras a la nueva universidad se realizó en forma paulatina, demandó varios meses y finalizó el 10 de octubre de 1973, fecha en la que la UNSJ, que ya es parte de la historia de San Juan, festeja su aniversario.

Entre sus objetivos podemos nombrar: la formación integral del hombre para vivir una existencia plena, que le permita una experiencia completa del mundo de los valores en relación con los demás hombres; la formación de un hombre libre en una sociedad auténticamente democrática, centrada en ideales de independencia y participación; la formación de un hombre comprometido con su realidad social.

La UNSJ está conformada por cinco facultades: de Ingeniería; de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; de Filosofía, Humanidades y Artes; de Ciencias Sociales y de Arquitectura, Urbanismo y Diseño. A las que debe de agregarse los tres colegios preuniversitarios: la escuela Industrial Domingo F. Sarmiento —de orientación técnica—, la escuela de Comercio Libertador General San Martín —de orientación comercial— y el colegio Central Universitario Mariano Moreno —de orientación humanística—. Cada una de estas instituciones posee sus modos particulares de organizarse. Nosotros veremos la del Rectorado, la institución de máxima jerarquía dentro de toda la universidad.

El rectorado, ubicado en la esquina noroeste de Jujuy y Mitre, es la casa central de la universidad. Por esto mismo, en él encontramos a las máximas autoridades universitarias: el Rector —en este momento a cargo del Sr. Oscar Nasisi—, el Vice-rector —a cargo de Mónica Coca— y el Consejo Superior —conformado por miembros de todas las facultades—. Este último posee una tarea complejísima que consiste en la creación de las normas que rigen para toda la universidad. En él se discuten los proyectos de mayor alcance, las decisiones más cruciales, que atañen a todos los aspectos de esta casa de estudios superiores: académicos —la creación de nuevas carreras—, económicos, legales, laborales, edilicios, acuerdos interuniversitarios —nacionales e internacionales—, etc. El Consejo Superior es el máximo órgano de decisión de la UNSJ, compuesto por representantes de todos los estamentos (profesores, alumnos, personal no docente y egresados).

En dicho edificio funcionan, a su vez, las siguientes dependencias: secretaría académica, que es —entre otras cosas— donde se gestionan los cargos; la Secretaría de Ciencia y Técnica, es dónde se crean, p. ej., las becas académicas a las que pueden acceder alumnos de la facultad; la Secretaría Administrativa y Financiera, donde deciden cuánto dinero nos van a dar si hemos solicitado ayuda económica para ir a un congreso; la Secretaría Obras y Servicios, dedicada al mantenimiento edilicio de la UNSJ; la Secretaría de Bienestar Universitario, donde debemos solicitar la financiación de un viaje o donde nos informan qué tipos de becas socioeconómicas existen y de la cual depende el complejo deportivo El Palomar que se encuentra disposición de todos los alumnos universitarios; y, por último, la Secretaría de Extensión Universitaria, que se encarga de la aprobación de proyectos que buscan estrechar la relación entre la universidad y el medio social —ej., se creó el CREACOM, que produce el programa televisivo «Universidad y Sociedad», se creó el Taller de Teatro de UNSJ que funciona desde 2006, etc.

Por último, una breve disgregación sobre los recursos económicos de la UNSJ. Los mismos, para este año ascienden a \$983.000.000, el segundo presupuesto más grande en San Juan, después del que maneja la Provincia, y equivalente a poco más que lo que reciben los 19 intendentes juntos en concepto de coparticipación. El proyecto contempla un gasto en sueldos de \$575.647.098, un 51,6% más que lo presupuestado por el mismo concepto el año pasado (\$379.491.603). Y un crecimiento total, respecto del presupuesto 2012, de 55,2% (\$635.000.000), según la iniciativa de la gestión actual. En el caso de los salarios, ocupan el 92,5% del total de los recursos, mientras que el resto se reparte en gastos de funcionamiento con tan sólo 4,3% de participación en los fondos universitarios, mientras que el 3,2% restante está contemplado en el fondo nacional de incentivo docente y gastos de ciencia y técnica, entre otros. Este predominio del gasto salarial es histórico y preocupa a las autoridades quienes siempre tienen un margen ceñido de acción fuera del pago de sueldos de la planta, que asciende a unos 4.500 trabajadores aproximadamente.

Para las facultades se ha dispuesto en el proyecto los siguientes fondos, todas con un aumento respecto de 2011 del 48,9%: Ingeniería \$5.941.844, Filosofía \$4.501.497, Exactas \$4.249.983, Sociales \$3.052.445 y Arquitectura \$2.714.714.

La Facultad de Filosofía Humanidades y Artes: nuestra facultad.

La Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes es el resultado de la fusión entre el Instituto Superior del Profesorado Secundario Domingo F. Sarmiento, el Instituto

Superior del Magisterio de la Universidad Provincial D. F. Sarmiento y el Instituto Superior de Artes (ISA). El primero tuvo sus orígenes en el año 1947 como Profesorado Normal de Ciencias y Letras de la Provincia, que en 1958 fue elevado a la categoría de instituto. Por otra parte el Instituto Superior del Magisterio fue inaugurado el 11 de mayo de 1957 y en 1964, al crearse la Universidad Provincial D. F. Sarmiento, se incorporó a la misma. Finalmente, el ISA surgió de dos talleres-escuela con orientación en música y artes plásticas, que tuvieron sus comienzos en la década del 50, paralelamente con el movimiento cultural que se desarrolló en la provincia. En 1973, con la creación de la Universidad Nacional de San Juan, la Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes (FFHA) quedó conformada por los tres Institutos.

En ella se estudian de mañana las carreras de Inglés, de Letras, Tecnología, Matemáticas; en la siesta, Filosofía y Ciencias de la Educación y en la tarde, Turismo, Geografía e Historia. A esta Facultad pertenece también Artes Visuales, aunque por una cuestión de espacio, se cursa en un edificio que se encuentra detrás de la Facultad de Ciencias Sociales. Del mismo modo, Música se cursa en la Escuela de Música y en el Auditorio Juan Victoria. De la FFHA, depende también la Orquesta de la UNSJ.

Similar a lo que ya vimos respecto al Rectorado, nuestra facultad tiene sus respectivas autoridades. En el cargo de Decana se encuentra la Sra. Rosa Garbarino; como Vice-decana, la Sra. Celina Perriot. También poseemos un Consejo Directivo integrado por todos los estamentos: docentes, alumnos, personal de apoyo administrativo (PAU) y egresados. Esta asamblea, tal como su nombre lo indica, posee facultades directivas. De ella dependen todas las decisiones de las actividades que se desarrollen en la institución. También poseemos las siguientes secretarías: académica, de investigación y creación, de extensión, financiera, todas ellas con funciones similares a las que ya describimos respecto al rectorado. Pero además de ellas, contamos con la Secretaría de Asuntos Estudiantiles que es dónde los estudiantes deben acudir para organizar actividades de todo tipo: académicas —como viajes a congresos, ciclos de cine, talleres, etc.— o bien obtener su libreta.

A disposición de los estudiantes se encuentra también la Sala de Computación. Un espacio donde los alumnos pueden acceder gratuitamente a internet, pasar sus trabajos prácticos en Word e incluso imprimirlos —para esto deben de llevar sus hojas en blanco—.

Entre los recursos más importantes de la facultad debemos contar con la biblioteca que, si bien es modesta, nos ayuda con abundantes libros de bibliografía secundaria, sin escasear en grandes títulos de la historia del pensamiento, que de algún modo u otro todo, aquel que se dedique a la filosofía debe leer.

Lo mismo que todas las facultades de la universidad, la nuestra cuenta con su Centro de Estudiantes. El mismo, básicamente, se encarga de atender las inquietudes de los alumnos y orientarlos en la resolución de las mismas. Es muy importante que los alumnos participen en las elecciones que todos los años se realizan en el centro de

estudiantes, pues ellos son la conexión entre los alumnos y las autoridades de la facultad, y si ese nexo —por las razones que fuera— no funciona bien, los alumnos pierden terreno en la vida institucional de la facultad. Aprovechamos estas palabras para decir que es muy importante que los alumnos participen de todas las elecciones que se llevan a cabo en nuestra facultad, sea para elegir autoridades o bien para las de centro de estudiantes. Participar en la vida institucional de la academia, y hacerlo de modo crítico —como es propio de los estudiantes de filosofía—, adquiere relevancia desde el momento en que elegir las autoridades de una facultad equivale en gran medida a elegir qué tipo de facultad queremos. Y si nosotros no participamos, estamos dejando que otros elijan por nosotros.

Herramientas institucionales.

Por último, trataremos algunas cuestiones que hacen a la vida cotidiana institucional del alumno.

Al momento de ingresar a la carrera, un alumno no sabe de ciertas cosas que pueden terminar perjudicándolo. Por ejemplo, hablamos de una promocionalidad, una regularidad, una equivalencia, un parcial, un final, etc.

Cuando uno cursa una materia, esta puede tener diferentes maneras de ser aprobada según los criterios del profesor titular: promocionar o regularizar con examen final.

Una materia es “promocional” cuando, habiendo un profesor cada 10 alumnos y una vez aprobado todos los práctico y/o parciales con más de siete, el alumno elabora un coloquio integrador, lo expone al finalizar el cursado de la materia y evita así rendir un examen final. Un coloquio consiste en una exposición oral, donde el alumno integra algunos de los contenidos trabajados en la materia. La ventaja es que uno termina de cursar y ya tiene una materia menos que rendir, lo significa también una materia más aprobada. Para que una materia sea promocional, el profesor debe iniciar el trámite durante el mes de marzo si la materia en cuestión se encuentra en el primer cuatrimestre, o durante el mes de agosto si se cursa en el segundo.

Por otra parte, se encuentra el examen final. Esta última calificación le viene dada por contraposición a los parciales, que, como su nombre lo indica, nunca abarcan todo el contenido de una materia, sino una parte. Por el contrario, el examen final, al menos en teoría, abarca toda la materia. Para esto se han creado lo que se denominan “las mesas” de examen. Estas consisten en una semana donde el alumno puede rendir las materias frente a un tribunal compuesto de tres profesores: el titular, tal vez el adjunto y algún otro profesor de algún espacio curricular afín al que está siendo examinado. Una diferencia que el examen promocional mantiene con el final, es que para éste debemos de inscribirnos en el departamento de alumnos completando la siguiente boleta de

inscripción que se solicita en biblioteca. Finalmente, para rendir un examen es necesario “sacar boleta” o “regularizar la materia”, que consiste en aprobar todas las instancias evaluadoras —prácticos o parciales— que la cátedra establezca. También existe la posibilidad de rendir en condición de alumnos “libre”, que es aquel que por diferentes motivos no promocionó la materia ni obtuvo regularidad.

Una equivalencia es cuando, por ejemplo, un alumno estuvo estudiando Sociología y ahora quiere estudiar Filosofía, entonces solicita que se le reconozcan algunas de las materias que rindió en aquella otra carrera para no tener que empezar desde cero. En el caso de Filosofía esto requiere una especificación más. Nuestro plan de estudio de Licenciatura difiere del de Profesorado, por tanto, y si estamos inscriptos en las dos carreras, al momento de rendir una materia según la modalidad de un examen final debemos de inscribirnos en las dos carreras por separado. En el caso de que no lo hagamos así, es posible que tengamos que solicitar equivalencias, que este caso —por ser al interior de la misma facultad— es un trámite que no demora demasiado.

No podemos dejar de hablar, aunque sea brevemente, de lo que es una adscripción y una ayudantía. Ante todo, debemos decir que se trata de espacios de formación del alumno, es decir espacios en los que se amplían la profundización en ciertos temas. La diferencia fundamental es que en el caso de la adscripción, no hay remuneración por lo trabajado y uno puede adscribirse a la cátedra que más le guste con la intención de profundizar algún tema que le haya interesado de sobremanera. Por el contrario, las ayudantías son cargos rentados a los cuales los alumnos pueden acceder, no están en todas las cátedras y duran un año lectivo —de marzo a marzo—, aunque pueden ser renovados por un año más. Las ayudantías pueden ser en docencia o investigación. Estas últimas dependen del Instituto de Filosofía, las otras del Departamento de Filosofía y Ciencias de la Educación. Otra diferencia entre ambas es que, mientras las adscripciones se formalizan mediante una entrevista con los profesores, las ayudantías se rinden por concurso. Cuando se abre una plaza vacante, se informa al público en general a través del avisador que se encuentra a mano izquierda en la entrada de la facultad o bien vía internet. En tal publicación nos informan la fecha entre las cuales debemos de inscribirnos para rendir, en tal o cual espacio curricular (para licenciatura: Introducción a la Problemática Filosófica, Psicología general y dos cargos en el Instituto de Investigación; en el caso del profesorado, a los ya nombrados debemos agregar: Introducción a la Problemática Educativa y Didáctica y Curriculum), el cargo en cuestión. La inscripción se lleva a cabo en el Departamento de Concurso que funciona en el edificio de la facultad que se ubica en la esquina sureste de Sarmiento y Santa Fe. Tenemos que presentar una carpeta con nuestro currículum y los certificados legalizados que acrediten lo que figura en el mismo. Luego nos convocan con tres días de anticipación, nos informan los temas que tenemos que rendir —que son siempre contenidos que ya hemos visto en la materia—, y nos presentamos en el examen el día pautado. Los profesores a cargo nos evalúan y determinan quién es el mejor de los aspirantes y le otorgan el cargo. Un dato: una ayudantía está siendo pagada sobre los \$1400 y uno puede acceder a una muy buena obra

social: DAMSU. Vale aclarar también una adscripción puede servir de antecedente académico a la hora de concursar por una ayudantía.

A su vez, ambas (ayudantía o adscripción) suman muchísimo, junto con el promedio, para aspirar a becas académicas internas de la UNSJ. Este tipo de becas, a diferencia de las que podemos solicitar en Salud Universitaria, no son de ayuda socioeconómica, i.e. no nos las otorgan porque no contemos con los recursos económicos para afrontar los gastos de la carrera, nos las acreditan —si se quiere— por nuestros méritos académicos. Estas becas, que llamamos académicas, las otorga el CICITCA (Consejo de investigación científica, técnica y creación artística), organismo creado por la UNSJ para fomentar la investigación. Para obtenerlas, el alumno interesado —que puede pertenecer al profesorado o la licenciatura— debe de adscribirse según sus intereses a algún proyecto de investigación de los que funcionan en el Instituto de Filosofía. De ahí, debe crear otro proyecto de investigación dirigido por el profesor a cargo del proyecto más amplio en el cual se insertará el del alumno. Y debe de presentarlo por mesas de entradas acompañado de un formulario que se descarga de internet, del proyecto creado por el alumno, y de un currículum con todas las certificaciones legalizadas que avalen la experiencia que decimos acreditar. Con un poco de suerte, la beca será otorgada. La misma, que está sobre los \$1500 mensuales, dura un año y puede ser acompañada de hasta una ayudantía. O sea que un alumno de Filosofía, o de la UNSJ en general, antes de estar recibido, puede estar percibiendo un sueldo de \$2900 por mes. La idea de informar de estas cosas es, en primer lugar, que muchos alumnos pasan por la carrera sin saber de esto y, en segundo lugar, romper con la idea que muchas personas tienen con respecto al campo laboral de los egresados en filosofía: hay más trabajo del que se cree en filosofía.

Lo profesional

Existen salidas laborales para esta carrera de grado. Una es la docencia a través del Profesorado y, a través de la Licenciatura, la investigación. A diferencia de lo que podría pensarse estas modalidades no se excluyen mutuamente: un profesor que no estudia y/o investiga, se vuelve anticuado y, simultáneamente, un investigador que no comunica sus logros desvincula a la filosofía de la realidad en la que existe. Por otra parte, también en oposición a lo que suele creerse, los grandes filósofos siempre fueron grandes profesores, grandes maestros: siempre la gran virtud de los pensadores más reconocidos ha sido también la de saber comunicar sus ideas, saber enseñarlas, convencer a los demás de sus planteos. En la antigüedad, ya Platón y Aristóteles, pero también Tales y Anaximandro, tenían sus escuelas; e incluso, Nietzsche, que se definió siempre a sí mismo como un solitario, poseía una enorme vocación pedagógica y siempre pensó el papel que jugaba la educación en la formación de las personas y de un mundo mejor.

En nuestros días, esta situación no ha cambiado. Y por esto, desde la presente instancia, recomendamos la inscripción de los alumnos en las dos carreras. En efecto, ya sea para trabajar en el nivel superior o en el nivel medio es mejor ser profesor y licenciado ya que teniendo los dos títulos acreditamos una formación más completa y tenemos mayores chances de conseguir cargos.

Entonces, nuestra pregunta es: ¿de qué trabaja un filósofo? Que bien puede ser formulada de esta otra manera: ¿sobre qué cuestiones se pueden filosofar y/o enseñar?

Un egresado de la carrera de filosofía, en cualquiera de sus modalidades, creemos que debe ser ante todo un pensador. Alguien que pone un velo crítico sobre los discursos establecidos, lo que no quiere decir que cuestione todo lo que le venga en gana —lo cual lo transformaría en alguien poco serio—, sino que está atento a las implicancias buenas y/o malas de tales discursos. Por esto, alguien que se dedique a la filosofía, es, antes que profesor o investigador, un intérprete del mundo.

Ahora bien, volviendo a nuestra pregunta, todos sabemos —con más o menos detalles— en qué consiste la actividad docente: en dar clases. Lo que nos gustaría profundizar es en esclarecer de qué trabaja un investigador.

La investigación en filosofía, no es lo mismo que la de la ciencia. Esta posee un método experimental y cuantitativo en el caso de las ciencias fisicomatemáticas y cualitativo-comprensivo en el caso de las ciencias humanas. Por el contrario, y en esto creemos que consiste una de las riquezas de la Filosofía, el filósofo investiga usando su razón, motivado por sus obsesiones, sus pasiones, sus luchas internas, sus deseos, sus esperanzas, etc. Y esto lo lleva a internarse por diferentes aspectos de la vida humana: el conocimiento, la justicia, lo bueno y lo malo, la libertad, la verdad, el tiempo, el amor, la muerte, la mente, el arte en todas sus expresiones, la naturaleza, la existencia. Y lo hacen de modo problemático, aunque siempre tratando de dar una respuesta. La filosofía tiene estas dos caras, que diferentes filósofos se destacan de modo distinto, una cara que pregunta y otra que responde. Una que problematiza y otra que fundamenta.

La investigación de un filósofo puede iniciarse siguiendo una amplia gama de métodos. Desde un primer momento, los problemas metodológicos —que tratan de cómo se hace la filosofía— eran importantes, pues según el método establecido la ejercíamos bien o mal. Hoy en día esta situación se ha acrecentado, pues cada filósofo propone *su* propio método y de este modo se han multiplicado las maneras de hacer filosofía: científicista, trascendental, dialéctico, materialismo dialéctico, estructuralismo, fenomenológico, hermenéutico, dialógico, deconstructivista, arqueológico, paradigmático, etc. Tales métodos han generado múltiples tipos de filosofía: el positivismo, el idealismo, el racionalismo, el existencialismo, la fenomenología, el pragmatismo, la filosofía analítica, el existencialismo, el perspectivismo, la filosofía del espíritu, e marxismo y los neomarxismos, etc.

Ahora bien, de entre todos estos métodos lo interesante es que la filosofía puede extraer algo, completarlos, o bien criticarlos y crear algo nuevo, porque a decir verdad, este saber es capaz de dirigir su atención a una gama tan amplia de temas como su misma historia lo demuestra: hay filosofía del conocimiento que disciplinarmente se la llama Gnoseología y/o Epistemología, la filosofía sobre cómo nos organizamos en sociedad es la Filosofía Política, la filosofía que piensa de qué modo alcanzamos en vivir bien es la Ética, la que medita sobre Dios y asuntos afines se llama Filosofía de la Religión, la que medita sobre el hombre es la Antropología Filosófica, etc. En ocasiones como esta es válida la observación un filósofo francés contemporáneo muy afamado: “No hay evidencias, en primer lugar, de la figuración de una filosofía que venga a duplicar con su reflexión o a fundar con su legislación toda gran forma del obrar humano, científico, artístico, político o cualquier otro. La filosofía no tiene divisiones que se tomen en préstamo, ya sea a su concepto propio, ya a los dominios que toca con su reflexión o su legislación. Tiene objetos singulares, nudos de pensamiento nacidos de tal encuentra con la política, el arte, la ciencia o cualquier otra actividad del pensamiento, bajo el signo de una paradoja, de un conflicto, de una aporía específica.”¹ Como bien dice este pensador, cuando la filosofía dirige su atención a tal o cual objeto, nace la Filosofía de “X”. Filosofía se puede hacer prácticamente de todo, lo que no quiere decir que toda filosofía pueda decir Todo sobre todo. Lo que puede hacer, como dice Rancière, es decir todo sobre algo en singular. Por supuesto, existe la filosofía que cree y fundamente la posibilidad de saber todo sobre todo. Esta filosofía posee grandes seguidores y es una línea muy actual de trabajo.

Ahora bien, volviendo a nuestro tema, un investigador en filosofía, sea la que sea su línea de trabajo, puede elegir entre múltiples opciones de lugares donde trabajar. En nuestra UNSJ, después de las becas académicas para alumnos de las que ya hemos hablado, existen becas para los investigadores recién recibidos, se las llama de Iniciación y le permiten comenzar estudios de posgrado (maestría o doctorado) que es lo propio de una carrera tan académica como la filosofía. Esta beca se paga sobre los \$2900 pesos, y cuenta con un nivel más: el de Perfeccionamiento, que abona un monto cercano a los \$5000. Además de estas becas, que son *internas* a la UNSJ, existen otras nacionales otorgadas por institutos que a partir del 2002 han vivido una intensa revigorización. Nos referimos a la institución conocida con el nombre de “la Agencia” y el “Conicet”. Ambas otorgan becas muy bien pagas para aquellos que, profesores y/o licenciados, estén interesados en continuar formándose e investigando. Los montos están sobre los \$10000, lo cual permite no sólo continuar con estudios de postgrado sino también vivir.

Con estas breves palabras hemos intentado contar de qué puede trabajar en egresado en filosofía y romper con el mito de que no hay trabajo para aquellos que deseen hacerlo.

¹ J. Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*. Trad. esp. de H. Pons, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1996, p. 7

Al comenzar a pensar, el hombre no debe sentirse comprometido con ninguna teoría, que siempre es una interpretación de la realidad, sino comprometido únicamente con la realidad misma. Pero es indudable -y si no la enseñanza universitaria sería innecesaria- que al alumno debe instrumentárselo de la mejor forma posible para que esté capacitado de interpretar, con su propio esfuerzo, esa realidad. Y para lograr este objetivo debemos reconocer que no hay otro instrumento para el pensamiento que el pensamiento mismo. Por ello es necesario hacer conocer al alumno las grandes interrogaciones y las grandes respuestas que en el desarrollo histórico, el pensamiento, por intermedio de los grandes pensadores, ha ido formulando.

Nuestro propósito es, pues, ofrecer estas formulaciones que resultan paradigmáticas en la medida que son situaciones límites que se le abren al pensar en su derrotero y que como tales constituyen coyunturas ineludibles en la presente altura de los tiempos. En medio de ellas, con ellas y contra ellas, se lleva a cabo la gran tarea del hombre que es el filosofar. Esta actitud inicial de apertura crítica hacia los grandes pensadores, que en el fondo no son sino eslabones del gran proceso del pensamiento humano, tiene para nosotros, americanos, un nivel aún mayor de radicalidad. Porque si es cierto que debe tener validez general el hecho que al comenzar a pensar el hombre no debe comprometerse con ninguna respuesta ni con ninguna interpretación, en el caso del americano, esa validez tiene un fundamento aún más profundo porque ninguno de los momentos de aquel proceso nos pertenece ni puede identificarse con lo americano. El hombre americano se siente extranjero frente a toda forma cultural y nada en el mundo de la cultura lo compromete. Por ello su horizonte no tiene límites y su apertura debe ser total.

Pero aquel sentirse extraño frente a cada uno de los momentos que la cultura ha ido protagonizando y la inhospitalidad que quizá experimentemos hacia ellos, no debe ser sino un reto para que de nosotros surja nuestra propia respuesta. Para lograrlo no hay otro medio que adquirir los elementos, las categorías y los instrumentos que son ya patrimonio del hombre planetario. Mунidos de ellos, pero no comprometidos ni alineados en ellos, estaremos capacitados para iniciar nuestra tarea.

ACTITUD FILOSOFICA

Quizás sea una ingenuidad que en nuestro primer contacto con la filosofía pretendamos dar una definición de ella. Mas plausible pareciera ser que tratemos de acercarnos a ella por medio de un rodeo, o de sucesivos rodeos, por medio de los cuales penetremos en la actitud humana que la filosofía supone. Porque podría suceder que la filosofía no fuera tanto un conjunto de conocimientos que pudieran transmitirse objetivamente, sino, fundamentalmente, una cierta actitud ante todo conocimiento posible. Hay una dimensión del hombre, el pensamiento, que lo obliga frente a una presencia, frente a la inmediatez de cualquier cosa que se presente ante él, a no conformarse con ella sino a buscar su fundamento, a buscar la ausencia que se esconde detrás de toda presencia. Ciertamente el pensamiento da testimonio de lo que está presente ante él, pero con ese testimonio su tarea no termina sino que se interroga por esa presencia y por las posibles causas de que esa presencia exista. Y ese no conformarse con la simple presencia, y ese interrogarse, constituyen lo propio de la actitud filosófica. Hay, pues, en el comienzo de ella un renovado negar lo inmediatamente presente en búsqueda de su fundamento. De este no la especulación filosófica llega a lo más íntimo, a lo más entrañable de las cosas, del mundo y del hombre. Ella es, entonces, un radical hacerse cargo de la angustia y el asombro de nuestra existencia. Es un silencioso descender hasta el asombro de que nosotros existamos el que nos obliga a interrogar y a interrogarnos.

Un hecho cotidiano de la vida humana es que exista un mundo, que en ese mundo existan cosas, y que en medio de esas cosas nosotros existamos. Pero esto, que es tan cotidiano, este estar en el mundo rodeado de cosas y siendo testigo de ellas, no siempre llama la atención

del hombre.

¿Por qué existen cosas? ¿Por qué existe el mundo? ¿Por qué existimos nosotros? ¿Qué sentido tiene el que existan cosas? ¿Qué sentido tiene el que exista un mundo? ¿Qué sentido tiene el que existamos nosotros? Fíjense ustedes la profundidad que tiene este interrogarse, el cual nos compromete a nosotros mismos. Nosotros estamos incluidos en esa pregunta; es decir que la respuesta que pueda darse, si es que puede darse una respuesta a esa pregunta, es algo que incumbe profundamente al hombre. De modo, entonces, que ese preguntarse es anterior, en importancia, a cualquier otro preguntarse.

La importancia de la pregunta: ¿Por qué existimos nosotros? ¿Por qué existen cosas?, tiene una prioridad sobre cualquier otra pregunta porque es lícito conjeturar que el fundamento o sea el Ser hubiere podido permanecer encerrado y descansando sobre sí mismo sin fundar ni proyectar una multitud de cosas, una multitud de entes. Enunciándolo con palabras de Heidegger, digamos que la pregunta fundamental de la filosofía, la que tendremos siempre presente y siempre está latiendo en cada uno de los grandes pensadores, cualquiera sea la respuesta y cualquiera sea el desarrollo que se le hayan dado a esta pregunta es: ¿Por qué es en general el ente y no más bien la nada? La pregunta fundamental de la filosofía está mentando a la relación de la multiplicidad de las cosas, de los entes y de cada ente en particular dentro de esta multiplicidad frente a la unidad del fundamento de esos entes, a la unidad del Ser ya que todos ellos son, todos participan del Ser.

Sin embargo, a pesar de este carácter radical, fundamental de la pregunta, no siempre, evidentemente, el hombre se la formula. No se la formula cuando el hombre tiene un trato superficial con las cosas, cuando pasa ante ellas de un modo trivial y resbalando sobre ellas, cuando las cosas no le hablan y él no trata de que las cosas le hablen, sino que simplemente las usa.

De modo entonces, que no siempre esta pregunta fundamental se hace presente al hombre. Pero, hay ciertos momentos, ciertas situaciones que siguiendo la nomenclatura de un filósofo contemporáneo, diríamos que son situaciones límites en las cuales la pregunta se impone necesariamente. Es decir, que se rompe esa indiferencia nuestra ante las cosas, esa indiferencia ante el asombro de que los entes sean y la pregunta por sí misma, por su propio peso, está delante nuestro exigiendo una posible respuesta.

¿Cuáles son, por ejemplo, esos momentos? Uno de ellos es el estado de desesperación. Desesperación al sentirnos anonadados frente

a la pérdida de sentido de cosas en las cuales habíamos confiado y aun la pérdida de sentido de nuestra vida y del mundo todo. Desesperación ante la pérdida de un ser querido cuya ausencia ahonda nuestra reflexión sobre la fugacidad de la existencia. Tal cosa sucede, por ejemplo, en las coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre donde ve a la vida del hombre en su tránsito hacia la muerte y dice que:

*"Nuestras vidas son los ríos, -que van a dar en la mar,-
que es el morir."*

Otro momento en el cual la pregunta que consideramos fundamental de la filosofía puede hacerse presente, es en los casos de inmensa alegría. Cuando estamos alegres pareciera que todas las cosas estuvieran como naciendo recién. Vemos la existencia de las cosas en su estado naciente y también esas cosas y el existir de esas cosas nos impacta profundamente.

También esta pregunta surge ante el asombro. Ya los grandes filósofos griegos, Platón y Aristóteles, decían que el asombro era el comienzo de la filosofía. Justamente el asombro de que haya cosas y no más bien que no hubiera nada.

Otra situación límite, en la cual la pregunta puede hacerse presente, es el aburrimiento, el tedio. Diciéndolo con palabras de Sartre, la náusea que nos producen a nosotros las cosas cuando estamos enormemente aburridos, y nos preguntamos con un cierto desprecio por esas cosas y por lo absurdo que nos parece su existencia.

Y finalmente la duda. La duda es otra posible entrada al problema filosófico. No olviden que Hamlet, el príncipe de la duda, decía: *"To be or not to be, that's the question"* (ser o no ser, esa es la cuestión). La filosofía moderna, con Descartes, se inicia con la duda como método insustituible para transitar por el pensamiento filosófico. La pregunta fundamental, es la más profunda porque va a la raíz misma de las cosas. No nos preguntamos tanto por la esencia de las cosas, el *"qué"* es una cosa, sino que la pregunta tiene un grado mayor de hondura, que es la *"existencia"* de la cosa. Por ello es la más profunda y a la vez la más extensa de todas las preguntas, porque no se limita, no se reduce a una cosa en particular, sino que se hace extensiva a todas las cosas. Se hace extensiva a toda la realidad.

El horizonte de la filosofía es la Totalidad. Aristóteles, decía justamente que *"el objeto de la filosofía es la Totalidad de las cosas"*. No saber en detalle cada una de las partes de esa Totalidad, sino el preguntarse por la Totalidad misma.

Ya tienen ustedes una primera diferencia entre filosofía y ciencia. La ciencia se desentiende con mucho criterio del horizonte de Totalidad, y dentro de ese horizonte de Totalidad recorta un cierto ámbito, y lo va a estudiar, lo va a profundizar, lo va a delimitar de todas las otras cosas para acercarse a él en una forma inquiriente. Por lo tanto, entonces, mientras el objeto de la filosofía es la Totalidad, el objeto de las ciencias particulares, de cada una de las ciencias, es parcial.

Otra cosa importante es que la ciencia, que ha delimitado de la Totalidad un aspecto de ella, para acercarse a ese aspecto y profundizarlo y desarrollarlo, lo hace cuando de antemano sabe que puede obtener una respuesta positiva. Es decir, que el problema que la ciencia trata, es uno en el cual la solución es posible, y aun es exigible. En cambio, en la filosofía el plantearse un problema es muy distinto de dar una solución a ese problema. Muchas veces la actitud de la filosofía va a ser simplemente expectante. No siempre va a poder encontrar respuesta a los problemas que se plantea. En cambio la ciencia, cuando ve que un problema no tiene solución, no tiene respuesta, lo abandona. Queda, pues, como cosa privativa de la filosofía ese ámbito del cual no podemos obtener respuesta. Si yo no puedo, por ejemplo, encontrar una razón de mi existencia, si no puedo encontrar una respuesta del sentido del existir de las cosas, no por eso el problema deja de ser filosófico. Se hace aún más filosófico; más acucia y más nos incita a profundizar en él. La ciencia, en cambio, lo abandona.

Por eso es lícito decir que mientras la ciencia se mueve dentro de problemas, la filosofía asume el misterio. Esta distinción entre problema y misterio es de un filósofo francés, Gabriel Marcel, que yo creo que es valdedera y que es accesible para que nosotros veamos esta primera contraposición entre filosofía y ciencia. El problema es algo en principio soluble, es algo que se me presenta como una cosa objetiva, que está frente a mí y que fundamentalmente a mí no me afecta la respuesta que pueda obtenerse. Por ejemplo que el agua hierva a 100° o que hirviera a menos, no es algo que afecte fundamentalmente mi vida, no es algo que le vaya a quitar o dar sentido a la misma. Es decir, que el problema tiene una cierta distancia, una cierta lejanía. En cambio, el misterio es algo en lo cual yo mismo estoy comprometido, en lo cual la respuesta que pueda darse, si es que puede darse respuesta, no me resulta indiferente a mí. Si la respuesta al problema de cuál es el sentido de la vida, es que no hay sentido, va a repercutir en mí, va a tener un sentido distinto a si la respuesta fuera otra.

Por otra parte, la ciencia, y en este sentido, la ciencia paradigm-

mática -la matemática o la físico-matemática-, pretende la exactitud. Pretende que las respuestas a su interrogar sean exactas; y cuando no hay una exactitud en la respuesta deja de lado el problema. El neopositivismo de la escuela de Viena dice, por ejemplo, que lo que no se puede medir no existe: *quod mensurari nequit non existit*.

Pero fíjense que mientras el científico ha dejado de lado el problema porque no encuentra una respuesta exacta, el hombre, que está tras el científico, no puede dejar de seguirse preguntando. No puede cortar esa actitud expectante ante el problema. De modo entonces que diríamos nosotros que la actitud de la filosofía o la actitud del filósofo es este continuar preguntándose cuando el científico o cuando la ciencia callan.

O sea que el hombre siente la insuficiencia de toda respuesta científica, fundada y basada en la exactitud. Por otra parte, vimos que la ciencia se detiene en una parcela de la realidad para profundizar en ella y para obtener una respuesta al reto que esa parcela de la realidad hace a la inteligencia del hombre. Pero esa parcela, ese fragmento no basta al hombre; no le basta al hombre con detenerse en un fragmento. Siempre quiere ir más allá, siempre está tratando de romper los límites, de superar todo lo que signifique una limitación, una valla. El pensamiento no se conforma frente a ninguna facticidad; es como el tiempo que todo lo devora y nunca se detiene. Esa actitud de proseguir más allá, de romper todo límite, es propia también de la actitud del filósofo.

Otra diferencia entre ciencia y filosofía es que la ciencia, también con toda legitimidad y justicia, se pregunta por las causas inmediatas, o por las leyes inmediatas que están condicionando un fenómeno determinado de esa parcela de realidad que el científico investiga. En cambio el filósofo no se conforma con esta respuesta por las causas o por las leyes inmediatas, sino que trata de remontarse para interrogar por el primer fundamento, o causa de todas las cosas. Una vez más se nota este querer sobrepasar, ir más allá de lo inmediato, de la actitud del filósofo.

La pregunta básica de la filosofía es ilimitada en extensión y en intensidad. En extensión, porque se extiende a todas las cosas. En intensidad, porque su preguntar no se conforma con lo inmediato, sino que trata de indagar por una causa, o un primer fundamento.

Pero hay algo interesante: Dijimos que la pregunta filosófica no tenía límites, que se extendía a todas las cosas y que, por lo tanto, era ilimitada; sin embargo, esta pregunta, solamente un ser la puede hacer. Ese ser es el hombre. Y aquí viene lo curioso, porque el hombre

es un ser que biológicamente no tiene ninguna relevancia con respecto a los otros seres; al contrario, respecto a los otros animales está, biológicamente, en inferioridad de condiciones. El animal tiene un cierto instinto que lo hace amoldarse con seguridad, con precisión al medio ambiente que lo rodea. En cambio, el hombre, cuando nace, es un náufago, es un ser totalmente indefenso; pero, de su inferioridad biológica con respecto a los otros seres, es de donde el hombre saca fuerzas. Es como la palanca que necesita bajar para poder subir más arriba. Porque el hombre no se conforma con ese estar amoldado pasivamente a su circunstancia; porque no se conforma con estar arrojado entre cosas es que el hombre comienza a preguntarse por esas cosas, y por medio de la técnica hace que ellas se pongan a su servicio. No se amolda entonces a una circunstancia sino que él puede crear su circunstancia. Puede, por medio de la técnica, darse la circunstancia que quiera, puede dársela, inclusive, fuera de la tierra, en la luna, por ejemplo.

Ahora bien, si hemos dicho que la filosofía es un preguntarse por la Totalidad de las cosas, que su horizonte es el Todo; si hemos dicho que la filosofía no se conforma con las respuestas inmediatas sino que siempre trata de inquirir las más remotas causas, podría pensarse que la filosofía es "sabiduría". Y, efectivamente, en los primeros tiempos de Grecia, que fue donde surgió la filosofía, a los primeros filósofos se los llamó "sabios". Sin embargo, hubo uno de ellos, Pitágoras, que no quería que lo llamaran sabio. "Sabio decía Pitágoras -solamente es un ser que todo lo conoce, y eso solamente puede aplicarse a Dios. Pero yo no conozco las cosas, sólo trato de conocerlas, busco conocerlas". Por eso él decía que prefería que lo llamaran amante de la filosofía. "Sabio" era entonces algo que excedía a la actividad que Pitágoras reconocía que él estaba haciendo en un momento histórico.

Platón también piensa lo mismo y escribe: "El llamado sabio. Fedro, me parece que es algo excesivo y sólo a la divinidad corresponde; en cambio, el llamado filósofo, amante de la sabiduría, le está más en consonancia y mejor acomodado".

Fíjense que en el origen mismo de la filosofía está este reconocimiento de los límites: reconocer que aunque nosotros busquemos la sabiduría, no la poseemos. Y justamente la buscamos porque no la poseemos. Si la poseyéramos no necesitaríamos buscarla. El filósofo es entonces el amante de la sabiduría, y la palabra filosofía está indicando, justamente, este carácter. La palabra filosofía está integrada por dos palabras griegas: *philia* y *sophia*. *Philia* significa amor y *sophia*, sabiduría.

De modo que en la misma etimología de la palabra filosofía nosotros encontramos con este desear, amar, buscar la sabiduría, precisamente porque no se la posee.

De modo, entonces, que hay una modestia inicial en la actitud filosófica, modestia que se va a hacer presente siempre que el hombre auténticamente haya pensado. Siempre que nos enfrentemos a un auténtico filósofo va a estar presente esta modestia y este reconocimiento de los propios límites, absolutamente infranqueables del hombre. El hombre es un ser finito y no puede, por tanto, superar ciertas barreras. A la sabiduría no se la posee, sino que se la ama.

Además, hay en la actitud filosófica un desinterés. Y este desinterés de la actitud filosófica también ya fue testimoniado en el nacimiento mismo de la preocupación filosófica. Y fue Pitágoras quien lo expresó y lo hizo con una comparación. El comparaba la actitud del filósofo con la actitud de los espectadores en los juegos olímpicos. Y decía: A los juegos olímpicos van tres tipos de personas; uno es el que participa en los juegos, ávido de triunfo, de gloria, de fama; el segundo tipo es el que va para hacer apuestas, para ganar en los juegos. Y hay un tercer tipo que va a los juegos simplemente por el placer de ver los juegos olímpicos, por el placer que le produce contemplar esos juegos. Este tercer tipo era el de los espectadores y ningún interés, fuera de la pura contemplación, lo movía. Igual cosa sucedía con el filósofo. El desinterés de la pura especulación era, según Pitágoras, la actitud propia de un filósofo. El filósofo no quiere fama, ni gloria, ni lucro. Simplemente quiere ser un espectador del mundo, de la vida. Y porque es un espectador desinteresado puede interrogarse y formularse esa pregunta que nosotros recién hacíamos. El filósofo se acerca a las cosas, no para utilizarlas, no para usufructuarlas, sino simplemente para escucharlas. Para escuchar lo que las cosas puedan decirle de su origen, de su existencia y de su posible sentido.

Pero si al filósofo no lo mueve un afán de utilidad, tampoco tenemos derecho de decir que su interrogar es el producto de un capricho. Esa pregunta fundamental no surge arbitrariamente en el hombre. No es una pregunta que podría eludirse cuando el hombre se enfrenta auténticamente ante sí mismo y ante las cosas, sino que surge porque siempre en el mundo nos movemos entre cosas limitadas, entre fragmentos. Nos movemos siempre en medio de lo finito.

Novallis, en uno de sus fragmentos, decía: "Siempre nos movemos entre cosas y nosotros buscamos lo incondicionado". Este moverse entre cosas que son fragmentos nos hace advertir que ese fragmento se prolonga más allá de sí mismo y que eso que se prolonga más

allá, está ausente, y que nosotros no nos conformamos con esa ausencia. De modo que quememos, en cierto modo, hacer que esa ausencia se haga presente en nosotros, y el preguntarnos por ello es una forma de que esa ausencia no caiga totalmente en el olvido, sino que esa ausencia nos acompañe, que esté en cierto modo presente. Traer a presencia lo ausente, entonces, es otra característica del filósofo. Y este traer a presencia lo que está ausente, y este buscar la sabiduría que el hombre no posee, es propia del eros filosófico.

Eros significa, en griego, amor. Hemos visto que en la estructura misma de la palabra filosofía figura el amor. El amor, entonces, es el que hace de intermediario entre lo que el hombre tiene y lo que el hombre no tiene; lo que el hombre tiene de presente y lo que busca en la ausencia, que presente, que también a él le corresponde. Y por eso, por ejemplo, Platón, que trataba de explicar las cosas más difíciles por medio de mitos, trata de explicar este problema, por medio de un mito. El va a decir que Eros, el Dios Eros, era hijo de dos dioses: Poros y Penía. Una vez, festejando el nacimiento de Venus, se realizó en el Olimpo una gran fiesta. A ella concurren Penía (Diosa de la pobreza) y Poros (Dios de la riqueza); y en esa fiesta, Penía quería tener un hijo de Poros y lo logró en virtud de las libaciones que esa noche tuvieron lugar.

Estas son las palabras de Platón, refiriéndose a Eros, que es hijo de la riqueza y de la pobreza: "Y como hijo de Poros y Penía, mira cuál es su herencia. Desde luego es pobre y lejos de ser hermoso y delicado, como se piensa generalmente, va descalzo, no tiene domicilio, y sin más techo ni abrigo que la tierra, duerme al aire libre, en las puertas y en las calles. Está siempre, como su madre, en precaria situación. Pero, por otra parte, ha sacado de su padre el estar sin cesar sobre la pista de lo que es bueno y bello. Es varonil, osado, perseverante, gran cazador, inventor y perpetuo en artificio, ansioso de saber y fácil en la comprensión, incesante en la filosofía".

Tiene de cada uno de sus padres, algo. De su madre, la escasez y la pobreza, y del otro, el haber contemplado la belleza y tratar nuevamente de conseguirla. Este es el carácter de la filosofía: Una búsqueda amorosa antes que transmitir un contenido especial.

Hemos visto que la filosofía, a diferencia de la ciencia, no es un saber sino un amar el saber: también hemos visto que la filosofía, tam-

bién a diferencia de la ciencia, no se ocupa con una parcela de la Totalidad sino con la Totalidad misma. Estas diferencias nos permiten hacer un nuevo rodeo en nuestro intento de aproximarnos a lo que la filosofía sea.

Es bien sabido que en un secular proceso, las diversas ciencias han ido desprendiéndose de la filosofía, acotando cada una de ellas una parcela de la realidad para tener, en lo posible, un saber preciso de ella. En ese proceso la filosofía ha ido quedándose sin ningún saber particular, el cual fue deviniendo patrimonio exclusivo de las diversas ciencias. La filosofía no ha hecho violencia a la inexorabilidad del proceso y al cabo del mismo se ha enfrentado con lo que auténticamente ella es y con sus propias posibilidades, aferrándose a pensar en la Totalidad.

Pensar, es pensar al Ser como un Todo y a cada cosa particular pensarla en relación con ese Todo y formando una unidad sistemática con él. La idea de Totalidad es, como lo advirtió Kant, legítima idea de la razón a la cual ésta no puede eludir de pensar por más que le esté vedado un saber sobre ella. Pareciera, entonces, que propio de la filosofía fuera el pensar y propio de la ciencia el saber. Interrogarse por la diferencia entre saber y pensar es, pues, tarea previa e ineludible.

Un implícito reconocimiento de aquella diferencia existe ya en nuestro cotidiano modo de expresarnos. Decimos, por ejemplo, que sabemos que $7 + 3 = 10$, o que el agua hierve a 100°C , o que Colón ha descubierto América. Resultaría algo extraño afirmar que a estas cosas no las sabemos sino que, simplemente, las pensamos. En cambio, sería excesivo decir que sabemos que el mundo ha tenido un comienzo o que es eterno, que el alma es inmortal o no lo es. Se nos muestra como más correcto decir que pensamos en estas cosas. Estos modos de expresarnos nos ponen en la pista de la distinción que hay entre saber y pensar y nos invitan a que, en la medida de lo posible, la explicitemos.

En castellano saber proviene del latín *sapere* que, entre otras cosas, significa gustar, tener sabor, ser entendido, reconocer, tener experiencia, ser prudente. Según este alcance etimológico el saber pos-tula una presencia con la cual tenemos un contacto inmediato. A esta presencia tratamos de penetrarla o dejamos que ella nos penetre con el fin de poder gustarla, tener su sabor o, en definitiva, saberla. Pero esta presencia lo es para mí que trato de saberla, es decir, supone una trascendencia de mi acto de saber. Eliminar esta trascendencia significaría o que la presencia ha sido inmolada transformándose en mí, o que yo me he inmolado transformándome en ella. En ambos casos ya no se trata de un saber porque, o ya no habría algo para saber, o ya no

habría alguien que supiera. El saber, pues, para ser tal tiene que respetar el trascender de aquella presencia y dejar que se transforme en objeto de una conciencia. Objeto viene de *objectum*, que es participio de *obicere*, verbo éste que significa, poner, echar, colocar delante, ofrecerse a nuestros ojos. Saber significa, entonces, tener algo como objeto ante la conciencia y supone no sólo la trascendencia del objeto sino, también, que este objeto esté delante nuestro y se ofrezca a nuestros ojos para poderlo ver de manera inmediata. Conocer, en cambio, es no conformarse con el contenido sabido, con la simple presencia, sino interrogarse por ella, buscar sus fundamentos y apelar a éstos para comprenderla. A la inmediatez del saber se opone, pues, la mediatez del conocer. Conocer y saber, sin embargo, no suponen una heterogeneidad sino que están en la misma línea y exigen siempre la presencia de un objeto.

Pero con lo dicho aún no se habría agotado lo que es propio del saber. Entre los significados del *sapere* latino está el tener experiencia y ser prudente. Prudente -del latín *prudens*- es el que prevé, el *previsor*, el competente en el uso de las cosas para lograr la eficacia de ellas. De uso -sus- deriva utilidad la cual, de este modo, no es ajena al saber. Utilidad es lo que produce provecho. Util es lo que usamos y está a nuestro servicio para poder desarrollar nuestra vida, para poder satisfacer todo lo necesario y todo lo superfluo que nuestra vida exige, para poder vencer la posible hostilidad de nuestro medio. El poder, en suma, está en los supuestos mismos del saber y ha sido una gran genialidad de Comte el haberlo puesto de manifiesto en su famosa sentencia: *saber para prever, prever para poder*. Ya antes, en los albores de la filosofía moderna, también Bacon había afirmado que saber es poder. Tenemos, entonces, que una voluntad de poder, orientada a que los hombres -diciéndolo con palabras de Descartes- sean dueños y poseedores de la naturaleza, ha ido progresivamente haciéndose inseparable del saber mismo. De este modo el saber no es respuesta a un indiferenciado preguntar sino a un preguntar condicionado por un interés especial que se formula un proyecto y trata de averiguar si el mismo es viable en la realidad. La verdad que el saber busca ha ido transformándose cada vez más en una hipótesis de trabajo vigente en el orden de la técnica y medida según su eficacia para el aumento del poder. El saber desemboca así en puro pragmatismo y pura praxis y tenemos opiniones como las de Dewey, por ejemplo, quien aceptando que las ideas y los conceptos son instrumentos para una reorganización de un medio circundante afirma que la hipótesis que funciona en la práctica es la única verdadera. Para este saber, orientado hacia la práctica y el dominio, la mente humana va mostrándose cada vez más insu-

ficiente, siendo reemplazada por la cibernética en donde la razón, entendida como cálculo y cuenta, se halla en forma eminente.

En contraposición al saber está el pensar. Mientras aquél requería para ejercerse la presencia de un objeto que le fuera trascendente, propio del pensar es ser una actividad immanente a sí misma. Para comprenderlo debemos anticipar la diferencia que establece Aristóteles entre movimiento propiamente dicho y acto, diferencia en la que, en su oportunidad, nos detendremos atentamente. El primero está constituido por todas las acciones que no tienen en sí mismas un fin -telos- aunque tengan un término -peras-. Cuando el movimiento llega a este término su resultado es distinto a su acción. Tal sucede, por ejemplo, con el edificar: una cosa es edificar y otra haber edificado una casa. En cambio, Aristóteles reserva el nombre de acto -*energeia*- al movimiento que no marcha hacia otra cosa, sino que es fin en sí mismo y de sí mismo y que por sí tiene su plenitud. Tal es lo que sucede con el pensamiento. Este movimiento perfecto no puede ser sino cíclico ya que a diferencia del que se da sobre una línea recta y cuyo fin es trascendente, aquél postula que cualquier alejamiento de un punto es también una aproximación a él. Toda su marcha es un volver sobre sí mismo desde siempre y, por ello, no puede hablarse propiamente en él de un comienzo -*arjé*- ni de un fin -*telos*-. O, quizá mejor, el comienzo es su fin y el fin es su comienzo, habiendo entre ambos una identificación total. La presencia que el pensamiento piensa es, entonces, innamente al acto mismo del pensar.

Además el pensar, en oposición al saber, no sólo piensa la presencia sino, también, la ausencia, evitando que ésta caiga en definitivo olvido. Pensar, ya lo hemos dicho, es pensar el Ser como Totalidad, pero para nosotros, entes finitos, el Ser como Totalidad no es una presencia. El pensamiento testimonial únicamente que aquél no permanece en sí mismo, clauso en su misinidad, sino que se participa en los entes, se aliena en ellos. El Ser, entonces, se hace presente en un ente. Presente deriva del latín *praesens* que es participio de *praesse* que, justamente, significa estar presente. El Ser, pues, al presentarse o darse en un ente está presente en él. Pero presente también significa regalo, don, y por ello, el ente es un don en el cual el Ser está presente. Pero este don no supone la donación de la Totalidad del Ser, lo cual destruiría la idea misma de participación. En consecuencia, al estar presente en un ente está también, en tanto Totalidad, ausente en él. El presente se explica, pues, desde un horizonte de ausencia.

Ahora bien, el Ser como Totalidad no es ningún ente particular y es lo indeterminado respecto a cada uno de ellos. Lo que hace que el Ser se determine en una cosa o en otra es la esencia. La determinación

que la esencia significa es determinación del Ser, aunque en él esté indeterminada. Pero al salir de la indeterminación del Ser, la esencia ya no es más el Ser como Totalidad sino aquello que era ser y ahora es un ente determinado. Justamente como aquello que era ser -to ti en einai- caracteriza Aristóteles a la esencia, fórmula que los latinos tradujeron quod erat esse, con idéntica significación. La esencia no es, pues, lo que es ya que, como lo advirtió Platón, el es sólo puede predicarse del Ser, sino que la esencia es lo que era, la esencia es lo sido. Hegel también vio este rasgo fundamental de la esencia. El idioma (alemán), dice, ha conservado en el tiempo pasado (Gewesen) del verbo ser a la esencia (Wesen), pues la esencia es pasado, aunque un paso intemporal.

Sin embargo, hablar de lo sido es mentar al tiempo. Al Ser ya no es posible concebirlo sin su irse entificando temporalmente, es decir, sin su íntima y esencial vinculación con el tiempo. Y por esta vinculación con el tiempo pensar es un modo de la espera. Pero la espera espera lo que vendrá y lo que vendrá no es sino lo sido. Pensar en esta ausencia y en este advenir de lo sido es pensar la relación de tiempo y eternidad.

A diferencia del saber que siempre lo es de una presencia y que involucra la idea de poder, el pensar debe no sólo atender al presente sino, también, memorar lo ausente, templarse en la serenidad de la espera y dejar libertad para el advenimiento de lo sido. Su marcha, sin embargo, es una constante errancia a través de caminos en medio de los cuales reconoce que nada de lo pensado es todo lo que puede pensarse. El pensar no puede detenerse, en su marcha, ante ningún ente particular y, por eso, ella es una siempre renovada renuncia. En su andar no posee sino que busca y, vacilante en la espera, está en suspenso de una solución. Pensar se deriva del latín pensare que es intensivo del verbo pendere (con vocal breve). En su derivación etimológica, pensar ha conservado no sólo la significación de aquel verbo, o sea pensar, juzgar, apreciar, examinar, sino que adquirió la de otro verbo, pendere (con vocal larga) -identificado primero al anterior y luego eliminado- y que tenía el sentido de estar suspenso, colgado, pender, depender, estar detenido, en suspenso, estar indeciso, sin saber qué hacer. Tanto es así que la duda, que significa un no saber, supone el acto mismo del pensamiento, como Descartes lo expresara y lo hiciera tema de su filosofía.

Es, sin embargo, recorriendo los caminos del pensar como puede abrirse un horizonte de posibilidad para que determinado dominio del ente sea objeto de saber. Pero de este dominio, como de cualquier otro, la Totalidad será siempre una ausente. Por eso de la Totalidad no

podemos tener un saber aunque pensar en ella nos resulte ineludible. El hombre sólo puede desear y amar aquel saber que, por su propia finitud, reconoce no pertenecerle. Y eso, precisamente, es la filosofía.

Si nos preguntamos por la Totalidad, únicamente el silencio puede ser la respuesta que corresponde a su grandezza. Pero si la palabra es un ineludible destino del hombre, entonces sólo nos es lícito recordar y repetir con San Juan de la Cruz:

*Entréme donde no supe
y quedéme no sabiendo
toda ciencia trascendiendo.*

Para habituarnos a pensar lo que la filosofía es, hemos tratado de hacernos cargo de su pregunta fundamental; también hemos tratado de detenernos, aunque muy brevemente, en su nombre, interrogándonos por su posible significado.

Insatisfechos con el resultado obtenido hemos creído necesario hacer un nuevo rodeo en torno a ella basándonos en la diferencia entre saber y pensar. Pero aun este intento nos resulta insuficiente y nos vemos en la necesidad de iniciar un nuevo rodeo. Este deberá consistir en aproximarnos a los grandes pensadores que han vivido los problemas de la filosofía y han tratado de darles una respuesta. Pero a las sucesivas respuestas que iremos viendo no debemos considerarlas como una sucesión de errores definitivamente superados. Cada una tiene su propia legitimidad y su propia verdad. Lo que sucede es que cada una de ellas, siendo la respuesta de un hombre, es decir de un ser finito, de un ser limitado y acosado por su circunstancia y por su tiempo, no es toda la verdad sino una verdad insuficiente, una parcela de verdad. Nosotros, entonces, no deberemos desdeñar ninguna de esas respuestas sino, más bien, integrarlas, sistematizando cada una de esas parcelas en la totalidad de una respuesta posible. "De esta suerte, decía Ortega y Gasset, la serie de los filósofos aparece como un solo filósofo que hubiera vivido dos mil quinientos años y durante ellos hubiera seguido pensando".

El rodeo que ahora vamos a iniciar será, pues, a través de ciertos hitos que la historia de la filosofía nos ofrece. "La historia de la filosofía, afirmaba Hegel, puede ser estudiada como una introducción a la filosofía, porque presenta el origen de la filosofía".

MULTI EDITORA se complace en presentar al lector de lengua castellana la INTRODUCCION A LA FILOSOFIA de Arturo García Astrada.

Quien vaya adentrándose en la lectura de este libro no podrá evitar la sorpresa de sentir que, simultáneamente, va adentrándose en las mas profundas dimensiones del pensar. Y esta sorpresa surge cuando se advierte que hasta allí ha sido conducido de un modo riguroso que no admite ninguna concesión pero, a través de un lenguaje sencillo y de difusana claridad. Es, evidentemente, el lenguaje de un maestro hablando a sus discípulos. Por tal motivo este libro cumple una doble misión: la primera es introducir a la filosofía y hacer gustar de ella a quienes hasta saben de filosofía; la segunda es posibilitar un hácido dialogo con su historia a quienes ya han transitado sus caminos y han sabido escuchar sus voces.

Es el propio autor quien incita a esta actitud, pues sus clases -recogidas en este libro- son un permanente dialogar con los grandes-pensadores, quienes siempre son interrogados desde coherente, honda y unificadora perspectiva. Esto permite que las respuestas de los filósofos no sean vistas como un disparatado catálogo de distintas y aún opuestas opiniones; permite, por el contrario, ver en ellas la constante apelación a una común experiencia, que siempre es la misma, y que para acercarnos a su riqueza, en absoluto inagotable, tíni nos resulta la confrontación de discursos que se esfuerzan por expresarla.

El lector de este libro encontrará en él, entonces, no sólo el adecuado instrumento que lo inicie y lo guíe en la filosofía sino, también, que lo haga repensar la más profunda problemática de ella cuando ésta se ha hecho ineludible presencia en su vida.

El doctor Arturo García Astrada actualmente es profesor en la Universidad Nacional de Córdoba; anteriormente lo ha sido en la Universidad Nacional de Tucumán y en la Universidad Nacional de Guyo, Mendoza.

ARTURO GARCIA ASTRADA

INTRODUCCION A LA FILOSOFIA

1984



MULTI EDITORA CORDOBA REPUBLICA ARGENTINA

Rogé